

El cambio internacional mediante las relaciones Sur-Sur: los lazos de Brasil, Chile y Venezuela con los países en desarrollo de África, Asia y el Medio Oriente, de Élodie Brun

David Jamil Sarquís Ramírez*

¿Qué tanto ha cambiado el escenario internacional durante las dos primeras décadas del siglo XXI? ¿Hasta qué punto tenemos cambios estructurales sustantivos durante este periodo, como para pensar que ha quedado atrás la dinámica tradicional movida por el juego de poder entre las grandes potencias? Élodie Brun nos presenta una interesante y profusamente documentada obra sobre la situación internacional del presente siglo. El sistema internacional de la postguerra fría ciertamente ha sufrido importantes modificaciones respecto al modelo bipolar imperante durante la mayor parte de la segunda mitad del turbulento siglo XX, mismas que invitan a reflexionar sobre las características del nuevo orden internacional. No obstante, queda aún por ver si es que estos cambios son más de forma que de fondo, hasta qué punto y en qué sentido. El gran reto es, pues, determinar qué ha cambiado y qué permanece de la vieja arquitectura del sistema internacional tradicional.

En el trabajo se parte de una hipótesis según la cual la reactivación y la profunda intensificación de los lazos interregionales entre los países del Sur supuestamente han generado un proceso de reconfiguración de la escena internacional. La hipótesis resulta interesante de entrada, porque nos lleva de inmediato a reflexionar, por una parte, sobre la vigencia que mantiene el Estado nacional soberano como agente central de la dinámica internacional y, por otra, sobre el alcance real de las modificaciones impulsadas por la supuesta reactivación de las relaciones Sur-Sur.

Frente a las diversas hipótesis que planteaban el debilitamiento del Estado como actor internacional e incluso sobre el advenimiento de una etapa postnacional, el argumento de Brun le devuelve centralidad en el análisis de la realidad internacional, sin que ello implique ignorar la presencia de muchas otras fuerzas y nuevos actores en el dinámico ámbito de las relaciones internacionales, lo cual nos permite, al mismo

* Doctor en Relaciones Internacionales por la UNAM y en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana. Docente-investigador del Instituto de Estudios Internacionales "Isidro Fabela" de la Universidad del Mar, *campus* Huatulco. Miembro del SNI-1. Correo electrónico: david.sarquis@huatulco.umar.mx

tiempo, incorporar la variable de las relaciones Sur-Sur en la nueva ecuación del cambio en el orden mundial. En otras palabras, los Estados nacionales siguen siendo actores privilegiados del sistema, sólo que ahora hay un mayor protagonismo de potencias medias que desafían la posición de privilegio de las grandes potencias.

¿Hasta qué punto ha cambiado realmente la correlación de fuerzas en el escenario internacional y en qué sentido? ¿Podemos vislumbrar las condiciones de un nuevo orden internacional en el que en efecto imperen nuevas reglas del juego o es sólo el protagonismo de nuevos actores? ¿Qué tanto cambia y qué permanece al paso del tiempo en el trato entre actores internacionales en este inicio de siglo? Brun nos ofrece un interesante trabajo, ricamente documentado para reflexionar al respecto: cierto es que las cosas no son lo que fueron durante el periodo de la Guerra Fría, eso es claro, ni tampoco lo que fueron durante la última década del siglo xx, durante la fase de transición hacia el nuevo milenio, pero ¿en qué radica el cambio en esta fase de la historia internacional y hasta dónde podemos considerarlo como un cambio estructural significativo?

La historia de las relaciones internacionales de todas las épocas suele verse tradicionalmente desde la perspectiva del dominio avasallante de las grandes potencias, actores privilegiados de los sistemas internacionales que poseen, gracias a sus recursos, humanos, financieros, materiales, tecnológicos e incluso ideológicos, capacidad para imponer sus designios sobre las potencias restantes del sistema. Una narrativa elaborada desde este enfoque puede conducir con facilidad a una generalización simplista sobre la lucha de poder como factor característico, distintivo y determinante de las relaciones internacionales de todos los tiempos.

No obstante, la realidad internacional es mucho más compleja y la perspectiva del dominio no es la única posibilidad para analizar un escenario internacional. A la vez existe, a partir de un ángulo de observación distinto, la posibilidad de ver el mismo escenario desde la perspectiva de los afectados, “la visión de los vencidos”, diría León-Portilla, de alguna manera atentos a tratar de modificar la correlación de fuerzas, mediante alianzas o procesos de reorganización sistémica, con el propósito de mejorar su propia suerte, aunque ello no siempre implique cambios estructurales de fondo.

En este punto, la reflexión filosófica sobre la naturaleza y la magnitud del cambio se convierte en un imperativo. Es en este contexto que Brun nos plantea la idea de nuevas posibilidades en las relaciones internacionales, a partir de las incrementadas relaciones Sur-Sur, mismas que parecen desafiar la política de las grandes potencias en busca de un orden internacional más justo aunque, hasta el momento, aparentemente basado en las mismas reglas operativas del sistema westfaliano aún vigente a principios de siglo xxi.

La base de dicho orden tendría que ser, a partir de la visión que recoge Brun, un renovado multilateralismo, con mayor participación de las potencias medias, capaz

de romper la estructura de ese orden unipolar que, al parecer, trató de imponer Estados Unidos a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Para nuestra autora, asuntos como la consolidación de China como principal socio de varias economías latinoamericanas, la propuesta turco-brasileña para avanzar las negociaciones sobre el programa nuclear iraní o la visita del Presidente chileno al Medio Oriente representan, sin lugar a dudas, indicadores de un mayor activismo político internacional desde el Sur. Queda, por supuesto, la pregunta en el aire: ¿hasta qué punto modificó el escenario internacional el renovado activismo de los actores del Sur y en qué punto nos encontramos en este momento?

En función de las señales que percibe la autora, ella se pregunta, para el desarrollo de su investigación: ¿qué sucede entre las regiones en desarrollo desde el inicio del siglo? ¿Qué significa la reactivación Sur-Sur para el sistema internacional? ¿Qué revela el contacto de estos países entre sí sobre la visión dominante construida por los principales centros de difusión del saber en este ámbito? ¿Será verdad que “el activismo latinoamericano” anuncia una nueva configuración en la arquitectura las relaciones internacionales?

Analizando el caso brasileño, chileno y venezolano, la autora sostiene que hay un cambio significativo en la escena mundial contemporánea de principios de siglo: un cambio, siguiendo la tipología sugerida por Robert Gilpin, de tipo incremental (es decir, gradual, en oposición al tipo de cambio revolucionario que normalmente implica el uso de la fuerza y los giros violentos). Este cambio gradual, desde su punto de vista, inicia con la Conferencia de Bandung de 1955 y se reactiva después de la crisis internacional de la deuda que padeció la mayoría de las economías del mundo en desarrollo al inicio de los años ochenta del siglo pasado. No se trata, ciertamente, de un cambio lineal y acumulativo, sino de un proceso discontinuo con avances y retrocesos, altas y bajas no definitivos.

El tema del cambio es uno de los más controversiales en el análisis social. Siempre resulta complicado marcar fechas contundentes para sugerir el inicio de nuevas épocas, ya que por lo regular hay algo que permanece del orden anterior en cada caso, mientras lo nuevo tarda también en consolidarse y en manifestarse como tal. Frente a la disyuntiva de un cambio incremental o de un cambio radical o revolucionario, la autora apoya la idea de un “cambio progresivo” siguiendo a Palier y Bonoli. El cambio progresivo o gradual se opone a la idea de continuidad institucional dependiente de la rigidez de las estructuras sociales. El rumbo de las cosas va tomando nuevos cauces conforme se desarrollan los acontecimientos, gracias al desempeño de los actores involucrados, lo cual revela un interesante posicionamiento frente al debate agencia-estructura en el contexto de la teoría contemporánea de las Relaciones Internacionales.

Brun sostiene, enfática, su defensa de la idea de que la herencia Sur-Sur, aun con su limitada reactivación de los años noventa, hace posible una evolución progresiva

constatable del sistema internacional actual y considera que el impulso hacia una mayor interacción entre las economías en desarrollo ha desafiado de manera consistente la hegemonía de las potencias tradicionales. La expansión las relaciones entre los países del Sur, según la autora, completa y complejiza las relaciones sobre el escenario internacional contemporáneo.

Como la propia autora reconoce, las relaciones Sur-Sur son un objeto de estudio interesante pero que, sin lugar a dudas, precisa ser definido con puntualidad, es decir, hay que formular con la mayor precisión posible el concepto operativo. “El Sur” es, en definitiva, algo genérico y volátil como para tener de él una visión uniforme y homogénea; si bien es cierto que muchos de los países que lo integran (sobre lo cual no existe una definición universalmente aceptada) tienen un pasado común de experiencia colonial, del cual se desprende un legado de problemas estructurales que condicionan su nivel actual de desarrollo, no debe olvidarse que ni el pasado colonial es el mismo ni el legado es homogéneo entre los diversos actores que padecieron de una experiencia colonial, como ella misma señala de manera oportuna, es claro no todas las ex colonias tienen indicadores económicos débiles hoy (ni un problema serio de baja autoestima).

Desde este punto de vista bien vale la pena preguntarse: ¿qué tipo de unidad estructural ofrecen Brasil, Chile y Venezuela en el escenario internacional de las dos primeras décadas de este siglo como para configurar con ellos un objeto de estudio significativo para el análisis de la realidad internacional? ¿Hubo de hecho alguna forma de interacción coordinada de política exterior entre ellos tendiente a modificar el orden establecido y, sobre todo, algún resultado trascendente a raíz del esfuerzo desplegado?

La elaboración del concepto operativo puede hacerse, siguiendo a nuestra autora a partir de las más notables semejanzas que vinculan a los tres actores elegidos: un proceso de dominación política externa (colonización), indicadores económicos débiles, a pesar del potencial de recursos que tiene cada uno de ellos y la percepción de sí mismos como países en desarrollo.

Brun misma reconoce que no conviene buscar “esencias” para la definición del concepto operativo, ya que “homogenizar” la idea del Sur equivaldría a deformarla y quitarle parte de lo que la define: que es inherentemente diverso, pero aun así puede ser reconocible de manera significativa como objeto de estudio. No obstante, la duda persiste: ¿qué vincula a los países del Sur, aparte del rezago económico, como para construir un objeto de estudio? Si el “Sur” es un universo enorme en sí mismo, ¿puede sugerirse algún tipo de interacción entre países que rompa las reglas tradicionales de la lucha del poder? En otras palabras, ¿hay visos suficientes de solidaridad y coordinación de esfuerzos Sur-Sur como para afectar la hegemonía del Norte? ¿Puede ser un mayor activismo internacional, cualquier cosa que ello signifique, señal de cambio

en las relaciones internacionales tradicionales o siguen siendo los países del Sur peones en un juego que todavía dominan las grandes potencias?

Uno de los aspectos más importantes para el análisis de la autora es el reconocimiento de que la estructura asimétrica de las relaciones internacionales por lo general significa mayor margen de maniobra en los procesos de intercambio para los países más desarrollados; es decir, que los países menos desarrollados normalmente compiten en condiciones de desventaja. Además, nos explica que la dicotomía entre países desarrollados y países en vías de desarrollo no sólo revela distintos niveles en calidad de vida en cada caso, sino que también contiene una sugerencia evolucionista sobre un modelo a seguir para lograr el desarrollo; en otras palabras, propone que, para alcanzarlo, los países rezagados deben adaptar los mismos modelos de organización económica, política y social que los que ya lo alcanzaron.

Brun considera que un análisis de las transformaciones del sistema internacional provocadas por el acercamiento Sur-Sur es más sólido si se demuestra que actores con perspectivas diferentes se inscriben en el mismo proceso. De ese modo justifica su elección de trabajar con tres países de la región latinoamericana e ignorar al ex bloque de países socialistas, a China o a los países africanos en el alcance de su definición de “Sur”. Sostiene que, en efecto, Lula y Hugo Chávez fueron actores muy visibles del escenario internacional durante la primera década del siglo. ¿Hubo un acercamiento significativo Brasil/Venezuela en nuestro escenario regional? ¿Qué tan sólido? ¿Cambió reglas básicas del tradicional juego de poder internacional?

Resulta interesante el señalamiento en el sentido de que México se alejó del “Sur” durante este periodo debido a que sus intereses estaban matizados con claridad por su participación en el TLCAN, su salida del G77 y su ingreso a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. Claramente no ha sido sino un alejamiento nominal, pero que deja a nuestro país en una zona de limbo en términos de sus relaciones entre el Norte y el Sur. Igual de interesante resulta el esfuerzo de incluir el caso chileno en la tríada Brasil, Venezuela y Chile.

En el trabajo se analiza con detalle flujos de interacción entre estos tres países y otros miembros del sistema internacional y trata de valorar el efecto que tuvieron para el sistema: en sus propias palabras, la obra no analiza la política exterior de los Estados elegidos para el análisis, sino los procesos de toma de decisión, por lo cual el trabajo pertenece más al ámbito genérico de las relaciones internacionales y no sólo al específico de la diplomacia y la política exterior.

El objetivo que se propone no es comparar estrategias de los tres casos en sus acercamientos con Asia, África y Medio Oriente, sino observar lo que esta nueva dinámica significó para la escena mundial, de modo que es un análisis del cambio a escala global lo que sirve de base a esta investigación. En este sentido, puede replantearse con claridad la búsqueda que motiva a la autora: ¿qué alcance transformador tiene la

relación Sur-Sur? ¿Es realmente posible promover cambios en el sistema internacional “desde abajo”? ¿Puede modificarse la correlación de fuerzas entre los actores internacionales mediante esfuerzos coordinados para desafiar la hegemonía de los poderosos? En otras palabras, ¿a qué tipo de transformaciones pueden aspirar quienes no poseen los atributos tradicionales del poder?

Otro tema al que la obra invita a reflexionar es el de las aportaciones teóricas de Relaciones Internacionales desde el Sur. Brun destaca lo que ha sido una constante en el desarrollo de la disciplina prácticamente desde sus inicios: una avasalladora influencia de la academia norteamericana tanto en la formulación de supuestos ontológicos como epistemológicos, la creación de modelos de análisis y los métodos de investigación, razón por la cual los analistas suelen concebir sus propios problemas y la solución a ellos, desde la perspectiva de los enfoques que sugiere de preferencia la academia estadounidense, lo que refuerza la idea expresada por Stanley Hoffmann en 1977 sobre Relaciones Internacionales como una disciplina estadounidense, idea que en las cuatro décadas desde que originalmente se expresó no ha dejado de tener vigencia.

Brun nos recuerda que el paradigma de la teoría de la dependencia ha sido prácticamente la única contribución significativa para la teoría de las relaciones internacionales surgida del ámbito latinoamericano; sin embargo, para mediados de los setenta, el modelo de sustitución de importaciones propuesto por los dependentistas estaba casi agotado y hacia fines de la década de los ochenta, con el término de la Guerra Fría ya cercano, el discurso sobre la globalización se volvió virtualmente el predominante en todo el mundo. Las primeras críticas a la idea misma de la globalización surgieron del ámbito latinoamericano. John Saxe-Fernández en México y Octavio Ianni en Brasil criticaron el proceso de manera abierta y, de alguna manera, impulsaron las primeras reacciones globalifóbicas en el subcontinente. Pero sus voces no fueron en realidad escuchadas fuera del contexto regional, donde la nueva narrativa geopolítica les sacó ventaja con rapidez.

En virtud de lo anterior, Brun apunta: el campo de Relaciones Internacionales, tal como es estudiado hoy, nos ha planteado un doble problema: la falta de herramientas analíticas apropiadas para nuestro tema y las críticas crecientes en contra de teorías provenientes de otras localidades y percibidas como sesgadas y luego añade, “si preferimos el término “campo” al de “disciplina” para calificar la investigación en Relaciones Internacionales se debe al hecho de que el primer término es más fluido que el segundo y autoriza justamente una mayor transdisciplinariedad”.¹

¹ Élodie Brun, *El cambio internacional mediante las relaciones Sur-Sur: los lazos de Brasil, Chile y Venezuela con los países en desarrollo de Asia, África y el Medio Oriente*, El Colegio de México, México, 2018, p. 49.

Esta última observación resulta de interés particular para los internacionalistas de formación, toda vez que nos recuerda el debate entre la idea de relaciones internacionales como campo y Relaciones Internacionales como disciplina. En el contexto de la celebración del centenario de la disciplina, según la visión tradicional, el debate sobre la condición disciplinaria de Relaciones Internacionales se ha avivado con intensidad. Voces importantes del ámbito académico nacional e internacional sostienen que Relaciones Internacionales es sólo un “campo” es decir reconocen a las relaciones internacionales como objeto material, pero no como disciplina (objeto formal), ya que el campo es demasiado vasto y complejo como para poder ser abarcado de manera significativa por una sola disciplina. Brun de hecho sostiene que prefiere hablar de “un campo” porque ello permite un manejo más fluido de la idea de transdisciplinariedad.

Me parece que el debate puede prolongarse de manera indefinida e innecesaria porque, de hecho, existe la posibilidad de abordar el campo desde diferentes matrices disciplinarias, como la Ciencia Política, la Economía, el Derecho, la Sociología, la Historia, etc. pero, al mismo tiempo, existe la posibilidad de abordar el ámbito de lo internacional como un sistema complejo adaptativo que representa algo más que la suma mecánica de sus partes. Es decir, el escenario internacional puede ser concebido como un gran sistema social, con su propia dinámica, su propio orden y sus propiedades sistémicas que operan en relación dialéctica con cada una de sus partes componentes.

Cada una de las matrices disciplinarias, por separado, aborda aspectos puntuales de la dinámica internacional, y tiene sentido hacerlo, ya que todo ello nos informa sobre la manera en que se va integrando el sistema, pero aun así, la perspectiva integral del conjunto requiere de un análisis “holístico”, que aunque se nutre de los diferentes campos en interacción, tiene un matiz diferenciador como conjunto. Nuestra autora misma reconoce, cuando cita a Karoline Postel-Vinay que, al ser los europeos los primeros en proyectar una actividad inclusiva de todos los actores del escenario mundial y tratar de imponer un orden capaz de regir todas sus interacciones, crearon lo que hoy llamamos perspectiva internacional. De este modo, mediante el monopolio de la actividad económica y la imposición del control político, unificaron un sistema fragmentado del cual han mantenido por largo tiempo el control.

En este universo eurocéntrico, las porciones del planeta bajo dominio colonial redujeron a su mínima expresión en trato entre sí, ya que todo era operado por medio de las metrópolis dominantes, incluso los flujos migratorios mediante los cuales una porción sustancial de la población de zonas marginadas buscaba nuevos horizontes de oportunidades económicas en América en general y en la porción latinoamericana en particular.

Ante la falta de herramientas analíticas apropiadas para el desarrollo de su tema, nuestra autora recurre a Durkheim y sus ideas sobre el cambio y la interdependencia, con las cuales elabora sobre nociones de “volumen de la sociedad” y “grado de concentración de la masa” o “densidad dinámica”, según la cual: “La división de trabajo progresa más cuanto más individuos haya que estén en contacto lo bastante como para poder actuar y reaccionar una sobre otros”,² una idea que Philip Ball explica con mucha claridad en *Masa crítica: cambio, caos y complejidad*, los fenómenos se generan y las cosas ocurren en cuanto hay masa crítica, o material suficiente para impulsar un cambio, de donde se infiere que el mayor activismo político que detecta nuestra autora durante la primera década del siglo en América Latina permitiera la contracción de esa “masa crítica” para transformar el escenario internacional.

La densidad dinámica que produce la masa crítica es, en este caso, el resultado de un proceso de interacción social, cuya intensificación crea reglas y relaciones sociales nuevas. Se trata entonces, claramente, de un estudio de interdependencia u ontología relacional por medio del crecimiento de los contactos de los países seleccionados como objeto de estudio y otras áreas del mundo en desarrollo. La densidad dinámica de la que habló Durkheim establece, según la autora, el vínculo que faltaba entre el concepto y los hechos, ya que considera el cambio más allá de una lógica restringida de poder y esquivo las críticas sobre el efecto de legitimidad de su reapropiación por el Sur. La lectura de esta obra resulta en particular interesante porque permite constatar la manera en que distintos elementos de una visión sistémica integradora se pueden rescatar de aportaciones particulares realizadas en las más diversas áreas del estudio social.

La tarea de síntesis para una visión integral de sistemas desde un punto de vista teórico-metodológico tiene aún un camino largo por recorrer y este trabajo ofrece interesantes aportaciones en ese sentido, ya que de manera implícita reconoce tanto la importancia de la interacción entre las partes para modificar la estructura y la dinámica del sistema como la agencia promotora de un cambio “desde abajo”. Uno de nuestros objetivos es, dice puntualmente Brun, en efecto, entender la interpretación de los actores del Sur y ponerlos en primer plano para enriquecer el campo de las Relaciones Internacionales.

El trabajo integra una gran cantidad de datos para sustentar la idea de que el nuevo activismo latinoamericano está modificando la escena internacional, pero también ofrece una extensa interpretación cualitativa de los mismos, de tal manera que las conclusiones puedan estar lo mejor fundamentadas posible. La obra constituye, desde este punto de vista, un notable ejemplo de cómo proceder para hacer investigación

² *Ibidem*, p. 50.

social, planteando una pregunta puntual de investigación, construyendo un intento de respuesta y buscando, por todos los medios posibles sustentarla, a pesar de las múltiples dificultades que van a encontrarse en el camino desde la insuficiencia de datos hasta los sesgos en la información.

Que hubo un activismo latinoamericano muy visible por espacio de poco más de una década queda demostrado a cabalidad con esta lectura. Lamentablemente, el trabajo se detiene justo en el momento clave en el que el célebre “giro hacia la izquierda” empieza a ser revertido de manera paulatina en el ámbito de la política internacional. En la actualidad quedan pocos gobiernos de izquierda en la región y su activismo está notablemente disminuido. Lula está en la cárcel, Chávez está muerto y Maduro, heredero de la revolución bolivariana, está prácticamente sitiado y luchando de manera ardua sólo por sobrevivir. El cambio hacia la derecha en Chile, menos dramático que los dos casos anteriores, es por igual contundente, de tal suerte que, después de la voluminosa y bien documentada lectura, bien vale la pena preguntarse si en realidad ha ocurrido una densificación de la relación Sur-Sur como plantea la autora, suficiente como para transformar el sistema internacional, y si no es así, qué nuevas lecciones tienen que aprender los promotores del cambio internacional.

Élodie Brun, *El cambio internacional mediante las relaciones Sur-Sur: los lazos de Brasil, Chile y Venezuela con los países en desarrollo de Asia, África y el Medio Oriente*, El Colegio de México, México, 2018, 655 pp.